

Ortiz y la del señor Eric C. Murray, quienes después del desastre de las compañías arriba citadas obtienen por licitación estos trabajos viales. Así tendremos una base segura de investigación. Pero antes es necesario saber cuántos millones se han invertido por este concepto de 1928 al 31 de julio del año en curso.

Pues bien, a los pocos meses de iniciados los trabajos, en 1928, se nos fueron de las manos ₡ 1.693.440.78. En 1929 gastamos ₡ 8.595.591.22. En 1930 la inversión en carreteras llegó a ₡ 6.130.089.65. Y entre los años subsiguientes y el 31 de julio último, sin contar fuertes sumas en reparación de edificios nacionales ni la pavimentación de San José, subió lo gastado, redondeando cifras, a VEINTI-CINCO MILLONES Y MEDIO DE COLONES.

Si reducimos los colones de la Contabilidad Nacional a moneda norteamericana, con los tipos de cambio que rigieron en distintas fechas, tendremos que Costa Rica gastó \$ 5.867.000.00 por sus 427 kilómetros de carreteras. Ahora bien, los constructores nacionales están cobrando por kilómetro CINCO MIL DOLARES. Si multiplicamos 427 por cinco mil, llegaremos a la conclusión de que pudieron haberse efectuado nuestras pavimentaciones con \$ 2.135.000.00. Y si restamos este costo de lo que tuvimos que pagar, caeremos sin remedio en una diferencia de \$ 3.732.000.00, diferencia que equivale a la cantidad total que hemos perdido en dólares.

En realidad nuestra pérdida es mayor, porque de los 427 kilómetros, 38 no se han revestido: se han hecho de tierra o están simplemente lastrados, y no miden cuatro metros y medio, sino tres metros de ancho. Debe por otra parte tomarse en cuenta que el costo pudo ser en cambio mucho menor, porque los empresarios nacionales reciben parte en efectivo y parte en bonos del Estado que tienen que descontar con fuertes pérdidas.

Reduciendo todo a colones, al cambio actual, venimos a parar en que se nos han ido de las manos casi cuarenta millones de nuestra moneda, por lo que pudo hacerse en catorce millones y fracción. En otras palabras, por falta de técnica, por falta de organización, por desorden, hemos perdido

Veintiséis millones de colones

Bien empleada esta cantidad en construcción de carreteras habríamos podido pavimentar 743 kilómetros adicionales.

Es decir, que podría contar hoy la República con MIL CIENTO SETENTA KILOMETROS de muy buenas vías de comunicación, completamente revestidas de macadam, de asfalto o de concreto, en lugar de los 427 kilómetros, que no son suficientes para el desarrollo de la riqueza nacional.

Agencias y Comisiones O K

Echeverría & Sobrino

COMPRA Y VENTA DE

catres, cocinas para leña, máquinas de coser, máquinas de escribir, cajas de hierro, etc., etc.

TODO COMO NUEVO - PRECIOS BAJOS

TELEFONO 2610

APARTADO 323

El desequilibrio entre la realidad social y económica y las viejas fórmulas políticas

Por ABELARDO BONILLA

(Especial para *Liberación*)

Se ha hablado y se ha escrito mucho sobre lo que llamamos la inquietud del siglo, inquietud que se percibe en todas las actividades espirituales de la época presente y que abarca, en escala proporcional, a los grandes centros de pensamiento y a los centros incipientes como el nuestro, provocando en cada caso las características y las inquietudes propias del ambiente, de un ambiente a todas luces enfermo.

¿Y cómo definiríamos esta inquietud? No encontramos más que una forma: la de considerarla como un desequilibrio entre el progreso técnico material de la humanidad y las fórmulas políticas e ideológicas que siguen dominando en las naciones.

A pesar de la prodigiosa civilización de que se enorgullece, el mundo se da cuenta de que el progreso material no sirve todavía al bienestar del hombre, del hombre conceptuado como colectividad o pluralidad. ¿Por qué? Porque la técnica, la ciencia, y con ellas la civilización, siguen desarrollándose por sí mismas, en una época en que ya se ha llegado al convencimiento de que, lo que importa fundamentalmente, es su proyección y aplicación social. Y siguen desarrollándose por sí mismas, porque aún continúan dominando las viejas fórmulas.

Veámoslo con más claridad. El hombre, a partir del fin de la edad media en que se concretaron las nacionalidades, ha venido luchando siempre contra las fórmulas políticas. La primera gran etapa fué contra el absolutismo. La lucha fué recia y larga. Su lema, el lema lógico entonces, fué el individualismo, que constituía la contradicción al principio del derecho divino de los príncipes. El resultado, la síntesis, fué la democracia liberal. Pero la democracia perdió bien pronto sus virtudes. Dejó de ser lo que teóricamente había sido, por el crecimiento del capitalismo, que fué el producto inmediato de la libertad económica, en el sentido de libre concurrencia. El sufragio universal, instrumento básico de la democracia, quedó en manos de los capitanes de la gran industria, que son, en último término, los que dominan el poder público. Y entonces comenzó la nueva lucha. La lucha contra el individualismo, o, más exactamente, contra la economía liberal, es decir, la lucha por organizar las sociedades en función de la producción, que es, en suma, la tendencia y el propósito del socialismo. Y tenemos así que, a pesar del progreso material del mundo, a pesar del desarrollo de la ciencia y de las facilidades de todo orden que nos ofrece la mecánica, el hombre se encuentra en medio de un desequilibrio absoluto entre las fuerzas económicas y las fuerzas políticas.

Las fuerzas económicas cambian constantemente y determinan nuevas condiciones y, consecuentemente, nuevas formas de la sociedad. Pero, en cambio, las fuerzas políticas van muy a la zaga de esos cambios y de esas nuevas formas sociales. Al terminar el feudalismo con la edad media y al nacer la nueva economía, se hizo indispensable también el cambio de fórmulas políticas, pero para ese cambio fueron necesarios casi tres siglos. Hoy, frente a la nueva realidad social, se im-